

mo de captarla, dedicados sólo a contornear lo externo, lo sensible, lo atrayente y fácil, sí, pero también mudable y fugitivo. De la misma manera que alguien que se dedice a atesorar cenizas, mientras, oculto e invisible, el fuego sigue ardiendo en alguna otra parte.

En resumen: un libro que, leído, nos mueve a pensar que hasta Françoise Sagan quizá sea inteligente.

C. M.

FRANÇOISE SAGAN: *Bonjour Tristesse* y *Un certain sourire*. Paris, Juillard.

Rimbaud, Lautréamont, Radiguet... Los franceses no resisten al placer de descubrir genios infantiles o adolescentes. Con la aparición del primer libro de Françoise Sagan, la duda era todavía posible. Se buscó precocidad allí donde había copia o infantilismo. Porque se describía alguna escena un poco cruda, los "bien pensants" pusieron el grito en el cielo. Es que *Bonjour Tristesse* evoca sutilezas psicológicas, aburrimientos de aristócrata en un cuadro 1920, sin la exquisitez de un Proust y con la morbosidad de una chica de Liceo. Ahora, con *Un certain sourire*, se evidencian los pobres recursos empleados, en un paralelismo de caracteres estereotipados, en situaciones convencionales.

Esquemáticamente, los personajes (puesto que se habló de agudeza psicológica), serían los siguientes: en *Bonjour Tristesse*, una "niña bien" con un padre rico y viudo, moviéndose en una sociedad de financistas, de hombres de mundo, donde el máximo entretenimiento es la ronda de amantes más o menos empuetadas. Frente a ellos Anne, la rubia Anne, la delicada y fuerte intelectual que pondría orden en esas vidas de una bo-

hemia que rechazarían los románticos más ortodoxos. Y como marco juvenil, Cyril, el atleta, el estudiante rico, con villa en Cannes, con velero, con el sol, con el mar. *Un certain sourire* vuelve a replantear situaciones; la misma "niña bien", pero transformada en estudiante; el hombre ya maduro, que no es el padre sino el amante (¡la fijación paterna se hace evidente!); la mujer segura de sí, Françoise; el adolescente, Bertrand. Pero a pesar de esta evidente falta de imaginación, hay cambio. Al poner en juego los titeres de *Bonjour Tristesse*, Françoise Sagan opta por un cinismo quinceañero, por un defender cierta libertad de costumbres, por rehuir lo establecido. Vivir artificialmente, pero sin problema moral. Y Anne desaparece. Queda solamente la desazón; Cécile termina diciendo: "cuando estoy en mi cama, al amanecer, con el solo ruido de los autos en París, mi memoria me traiciona a veces: el verano vuelve y todos sus recuerdos. ¡Anne! ¡Anne! Repito ese nombre por lo bajo y largamente en la oscuridad. Algo sube entonces en mí que llamo por su nombre: Bonjour Tristesse". No es que Dominique (otra reedición de Françoise Sagan) sea distinta, pero es consciente desde el primer momento de un estado de cosas al cual asiste como espectadora y al que se halla identificada por inercia. "Me siento absolutamente responsable. Pero, ¿de qué? ¿De mi vida? Es bien *suple*, bien maleable. No soy desgraciada. Estoy contenta. Ni siquiera soy feliz. No soy nada". De allí brota esa sensación de fracaso, de *spleen*, de inutilidad total y de rebusques estetizantes.

Aún la descripción de actos sexuales, que Françoise Sagan no escatima, tiene sabor a cosa prohibida. Es un poco la actitud de un

chico que quiere salir solo a la calle, y antes de hacerlo lo repite una y mil veces. Tanto Cécile como Dominique creen desafiar la sociedad y lo único que logran es mostrar sus límites, su ingenuidad de "niñas precoces".

Después de diez años de literatura comprometida, nos encontramos con dos novelas bien escritas, es cierto, pero cuyo alcance es nulo y que no se conciben sino en una sociedad decadente. El volver a Gide, aún conscientemente, no parece solución válida. Sin embargo, el interrogante existe. François Sagan, ¿representa o no a una generación de post-guerra, generación demasiado sufrida y que se refugia en un mundo convencional, brillante, con lustre de película americana y con un izquierdismo de buen tono?

Por otra parte, la misma Françoise Sagan acaba de firmar un manifiesto sobre Argelia en el cual adopta una actitud en aparente contradicción con sus novelas. Juega a la intelectual de izquierda y escribe libros decadentes. Puede objetarse que el describir un ambiente no es aceptarlo. Entonces, ¿es por masoquismo que Françoise Sagan se repite?

Sophie Fisher

MARTIN BUBER: **Caminos de Utopía**, México, Fondo de Cultura Económica, 1955.

Cuando empezamos la lectura de "Caminos de Utopía", teníamos ciertas razones para suponer que íbamos a recorrer otra vez el país perdido de los sueños. Sin embargo, ahora al confrontar el caudal de experiencia viva adquirida, con aquellas primeras palabras del prólogo "Este libro nació de la intención de exponer genéticamente las ideas de lo que Marx y los mar-

xistas denominaron "socialismo utópico", y, en particular, su postulado de una renovación de la sociedad por renovamiento de su tejido celular. No me proponía dar una visión de conjunto del desarrollo de una idea, sino diseñar la imagen de una idea en proceso de desarrollo"... "Lo importante no son las afluencias, sino la corriente única a la cual desembocan finalmente. Observando su desarrollo a través de la historia del espíritu, surge ante nosotros la idea misma"; al confrontar estas palabras, decíamos, con una nueva situación en la que los aprioris ya no pueden apuntalar los estancos mentales, comprendemos cómo la fuerza de convicción y la evidencia de la "idea misma" en "su desarrollo a través de la historia del espíritu", bastó para mostrar la insuficiencia de un punto de partida que nacía en primera instancia de la limitación asignada al significado de la palabra utopía.

En una nota anterior yo decía a propósito de utopías, "esos universos inmutables poblados de hombres inmutables y serenos que reciben sobre sus quietas felicidades la cálida caricia del bienestar eterno", y si me cito es simplemente para evidenciar cómo esta idea, válida pero estrecha porque sólo devela una de sus posibilidades, se amplía en una profunda y nueva perspectiva a través de Buber.

Al trasladarse la imagen de lo justo desde el plano de la **revelación** en el que se consuma en un **tiempo perfecto** al plano de la **idea** donde lo hace en un **espacio perfecto**, surge la **utopía** como secularización de la escatología. Ahora bien, en la secularización socialista de la escatología, precisamente, que intenta corporizar su imagen de la perfección en lo social así como la revelación lo hacía en una ins-